

las construcciones perifrásticas *aller* + infinitivo y *venir* + infinitivo, por considerar que funcionan como formas temporales.

La minuciosidad de la investigación fragmenta un tanto la doctrina gramatical que de ella se desprende; la exactitud del análisis dificulta un poco la visión del conjunto. Habría sido conveniente sintetizar la esencia de los resultados.

JUAN M. LOPE BLANCH

Universidad Nacional de México.

*Enciclopedia lingüística hispánica*, dirigida por M. ALVAR, A. BADÍA, R. DE BALBÍN, L. F. LINDLEY CINTRA. Tomo 1: *Antecedentes. Onomástica*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1960; cxxxviii + 646 pp.

La escuela de filología española nació, aunque tarde, con notable vigor, gracias a la labor titánica de Menéndez Pidal y de sus discípulos y colaboradores inmediatos. A lo largo de más de medio siglo se fueron acumulando los frutos obtenidos individualmente por investigadores españoles y, también, por hispanistas de diversas nacionalidades. Pero esa labor estaba bastante dispersa, y en muchos casos resultaba casi inasequible. Advirtiéndolo así, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas decidió acometer la ardua empresa de reunir todos estos materiales, de contrastarlos y armonizarlos sintéticamente, y de publicar su esencia formando "un inventario del estado actual de nuestros estudios" y conocimientos. Parece innecesario explicar los beneficios que con ello se obtendrán. Garantía del rigor con que se realizará la tarea y del acierto con que se canalizarán los esfuerzos, es el hecho de que su dirección haya recaído en filólogos tan capaces y dinámicos como Manuel Alvar, Antonio Badía, Rafael de Balbín y Luis Felipe Lindley Cintra. A ellos se debe el "Prólogo" en que se explican los motivos de la empresa, sus propósitos y su plan editorial. Garantía también del éxito con que, a no dudarlo, se coronará el trabajo es la nómina de los colaboradores que en él intervendrán; figuran en ella la mayoría de los filólogos españoles contemporáneos y buen número de romanistas plenamente autorizados que se han ocupado en diversas ocasiones de los problemas lingüísticos hispánicos, estudiándolos desde muy diferentes puntos de vista: "El dar cabida a investigadores de tendencias distintas —pero siempre de reconocida solvencia— creemos que será de utilidad. Gracias a estas diversas informaciones, la *Enciclopedia* logrará su máxima eficacia como instrumento de trabajo. Con ello, acaso pierda cierta pretendida unidad —que, por lo demás, dada su magnitud, difícilmente hubiera podido tener—, pero ganará con creces la riqueza del panorama a abarcar y la pluralidad de los puntos de perspectiva" (p. x).

Este tomo, primero de los seis que se calcula tendrá la obra, está dedicado al estudio de los "Antecedentes de las lenguas hispánicas" —los idiomas prerromanos (indoeuropeos y no indoeuropeos), el latín peninsular y el medieval, los dialectos mozárabes— y la onomástica en sus dos aspectos, antroponímico y toponímico. (Este volumen quedó completado dos años después con la publicación del estudio de Dámaso Alonso sobre

la fragmentación fonética del latín hablado en la antigua Hispania: *ELH*, t. 1, *Suplemento*, Madrid, 1962, 215 pp.).

Menéndez Pidal, en la "Introducción" general de la obra, analiza con su incomparable penetración dos problemas de gran importancia para la historia de la lengua: el de la situación histórico-lingüística de las tierras que se extienden a ambos márgenes del Duero, y el de la posible colonización suditalica de gran parte de la Península ibérica. Problema este último que ha ocupado a don Ramón desde hace ya muchos años, y que ahora estudia aquí en forma global y definitiva (pp. lix-cxxxviii). Como es sabido, Menéndez Pidal sostiene que la zona oriental y septentrional de la Península recibió una fuerte inmigración colonizadora procedente del sur de Italia, cuyos dialectalismos arraigaron en el latín del que posteriormente surgirían los dialectos ibero-romances del este y del norte (catalán, aragonés, gascón, castellano y astur-leonés); precisa ahora la existencia de dos grandes corrientes, distintas, de procedencia suditalica: la de los osco-sabinos ("responsables de la palatalización dorsal de *ll* [l] y de *nn* [n̄] en la gran mitad oriental de la Península ibérica"), y la de los osco-lucanos (a quienes se debería la propagación de las articulaciones cacuminales), que se establecieron en la región de Jaca y el Bearn; a otra rama de estos últimos se debe la *ʃs* cacuminal de las montañas de Asturias. Menéndez Pidal acumula en estas páginas un gran caudal de datos de diversa naturaleza: históricos (época de conquista y colonización de los distintos territorios hispánicos, migraciones impulsadas por la alta densidad de población en la zona suditalica), toponímicos y lingüísticos (básicamente fonéticos, aunque incluye también algunos léxicos). Podrán, tal vez, objetarse algunos de sus argumentos, pero difícilmente podría rechazarse el compacto conjunto que forman en su totalidad. El hecho de que alguno de los fenómenos que Menéndez Pidal atribuye a la colonización osea pueda tener una explicación interna, sistemática o estructural, no socavará las bases del sólido edificio levantado por don Ramón relacionando inteligentemente una serie de hechos y de datos en apariencia dispersos, *estructurándolos* en un todo armónico, y haciendo ver cómo encajan a la perfección unos con otros y se explican recíprocamente. Dilucidar si los hechos lingüísticos han de tener siempre una justificación interna, sistemática, o una explicación externa, histórica, podría resultar empresa un tanto bizantina, ya que ambas alternativas son enteramente posibles, según los casos, y en muchos se complementan; parece excesivamente radical pretender otorgar siempre la primacía absoluta a una u otra posibilidad. De ahí que, aun aceptando en ocasiones la interpretación estructuralista de ciertos hechos, pueda en otras don Ramón mostrar las limitaciones del estructuralismo con que se ha pretendido explicar algunos de los cambios fonéticos peninsulares.

En el estudio con que se inicia la obra, niega Menéndez Pidal la existencia del "desierto estratégico" supuestamente creado por Alfonso I en la cuenca del Duero. La voz *poblar* no significaba, durante los siglos ix-xn, establecer una posición nueva en un lugar desértico, sino organizar administrativamente, dar fueros y proporcionar defensas a núcleos de población mal organizados, semianárquicos, pero establecidos desde antiguo en

determinado lugar. En estas tierras regadas por el Duero subsistía la tradición hispano-romano-gótica, aunque empobrecida, especialmente en los territorios situados al sur del río. Distingue así Menéndez Pidal las regiones "pobladas" (reorganizadas) durante el siglo x y comienzos del xi al norte del Duero (donde se conservan rasgos lingüísticos de tradición muy primitiva), de las zonas repobladas al sur del río desde mediados del siglo xi (cuya lengua, débil y empobrecida, pierde a partir de esa época su individualidad al ser influida fuertemente por la lengua germana de los repobladores llegados del norte).

El estudio de las lenguas prerromanas de la Península ha sido hecho por los profesores Tovar, Hubschmid y Lafon. Éste ofrece una clara y sencilla síntesis de lo que se sabe sobre la lengua vasca, única sobreviviente de las antiguas habladas en España, y que considera emparentada con el grupo de lenguas caucásicas, y no con el etrusco ni con las lenguas camito-semíticas; aunque el tipo antropológico vasco estuviera ya instalado en la Península en época eneolítica, la lengua que ahora habla pudo haber sido llevada a él, a través del Mediterráneo, por algún grupo colonizador. Antonio Tovar analiza sagazmente los testimonios antiguos (inscripciones de diverso tipo) de las lenguas indoeuropeas o de otra filiación, y Hubschmid hace otro tanto con los vestigios de esas lenguas conservados en los dialectos ibero-románicos. El estudio de las inscripciones ibéricas induce a pensar que esa lengua no puede identificarse con el vasco, aunque advierte Tovar que hay casos indudables de interpenetración e inclusive de algún remoto parentesco protohistórico. El celtibérico, dialecto celta no britónico propio de los grupos que se establecieron en el centro de la Península hacia el siglo vn a. de C., es el más ampliamente analizado. La falta de uniformidad de los rasgos lingüísticos documentados en las inscripciones de la región nordoccidental demuestra que hubo varias invasiones de pueblos celtas, una de ellas anterior a la edad de hierro. Hubschmid establece la procedencia de muchas voces preindoeuropeas vivas aún en España, algunas de las cuales son de origen euroafricano (como *chaparro*, *mata*, *coscojo*, *gabarra*) o caucásico (*zueca*, gall. *carrasco* 'puchero', etc.), aunque son más las que no se pueden clasificar con seguridad: *morro*, *barra*, *lastra*, *barranco*, *sapo*, *alud*, *barro*, *charro*, etc. Con mayor precisión pueden estudiarse las voces de origen celta, muchas de las cuales se documentan también en el galo-románico y en el celta insular; sorprende que este léxico sea más abundante en Cataluña (53 términos) que en la región galaico-portuguesa (sólo 33).

La visión del estado lingüístico de la España prerromana se completa con el estudio del mismo Hubschmid sobre la toponimia (que permite reconstruir en parte los "desplazamientos de pueblos y lenguas en época preindoeuropea"), y el de M. Palomar Lapesa sobre la antroponimia, donde se hace una ordenada y penetrante síntesis del estado actual de los conocimientos sobre la materia.

M. Díaz y Díaz pone de relieve las peculiaridades del latín peninsular (arcaizante y conservador, y posiblemente teñido de colorido suditálico, aunque hace algunas salvedades al respecto). Pero ese latín no era "vulgar" ni plebeyo, como suele suponerse: S. Mariner Bigorra, basándose en el léxico usado en el Imperio, opina que "en comparación con las

provincias que de ella recibieron el latín, Italia aparece como especialmente acogedora de vulgarismos durante todo el tiempo en que puede hablarse de unidad imperial”, en tanto que el latín peninsular conservó abundantes clasicismos (*cras, imus, caecus, sanare, humerus, cuna, caseus*, etc.). Se completa este capítulo con el estudio de los rasgos distintivos del latín medieval, hecho por J. Bastardas Parera con precisión y claridad.

También muy interesante resulta el capítulo que dedica M. Sanchís Guarnier al conjunto de hablar mozárabes, estudiadas a través de los glosarios latino-árabes, las jarchyas y la toponimia (viva o documentada); tras hacer una metódica caracterización de sus rasgos fonéticos y morfológicos, presenta un panorama histórico-social del mundo mozárabe desde el siglo viii hasta el xiii.

La última parte del volumen está dedicada a la onomástica; además de los estudios de Palomar Lapesa y de Hubschmid ya citados, figuran dos de Joseph M. Piel sobre la antroponimia y la toponimia de origen germánico, tan predominante aquélla en todas las clases sociales cristianas hasta el siglo xii, que puede considerarse prueba de una vigorosa conciencia de solidaridad política (“un nuevo sentimiento nacional, del que San Isidoro es el más elocuente de los testigos”) contraria a “la paradójica tesis de la «no hispanidad» absoluta de los visigodos”. Miguel Dolc, al estudiar la aparente complejidad de la antroponimia hispanolatina, llega a la conclusión de que todos los tipos de apellidos de origen romano pueden clasificarse en sólo cinco categorías: *a)* antiguos antropónimos latinos y nombres personales; *b)* formaciones en -z; *c)* nombres de origen (ciudad, accidentes geográficos; de frutos y árboles; designaciones eclesiásticas y títulos nobiliarios); *d)* nombres alusivos al estado social, la edad o el parentesco, y nombres de oficios; *e)* apodos.—Los estudios toponímicos se completan con el de J. M. Solá Solé sobre la toponimia fenicio-púnica (especialmente *Cádiz, Málaga, Adra, Cartagena, Ibiza y Mahón*), el de A. Montenegro Duque, claro y bien documentado, sobre los topónimos de origen latino, y el de J. Vernet Ginés sobre la toponimia árabe (particularmente abundante en las provincias de Granada y Alicante, y en las islas Baleares). Finalmente, F. Marsá muestra, en su estudio sobre la toponimia de reconquista, “hasta qué punto puede ser rigurosa la coincidencia histórico-toponímica”, vista a través de los movimientos de población, nombres de ingenios bélicos (torre, castillo, atalaya, etc.); y L. López Santos hace una ordenada enumeración de todos los datos disponibles sobre la hagiotoponimia peninsular.

No es posible, obviamente, resumir aquí todo el rico contenido de este volumen. Uno de cuyos muchos méritos es el de no estar limitado a ofrecer la simple síntesis de nuestros conocimientos sobre cada cuestión (lo cual habría ya sido, de por sí, sumamente valioso); siendo cada autor de los diversos capítulos un verdadero especialista en la materia correspondiente, han podido todos ellos enriquecer los resúmenes con valiosas aportaciones personales, de manera que varios de esos capítulos son en realidad magníficas y detalladas monografías. Como resultado de todo ello, esta enciclopedia se convertirá seguramente en obra de consulta indispensable y fundamental para todos los estudiosos de la lengua española, especialmente en su aspecto diacrónico.

Es de esperar que se publiquen pronto los índices de nombres propios, formas, léxico, temas, etc. que prometen los editores en el prólogo, ya que tales índices resultan absolutamente indispensables para el fácil y provechoso manejo de obra tan densa como ésta.

J. M. LOPE BLANCH

Universidad Nacional de México.

FRITZ KRÜGER, *El argentinismo "es de lindo". Sus variantes y sus antecedentes peninsulares. Estudio de sintaxis comparativa*. C. S. I. C., Centro de Estudios de Etnología Peninsular, Madrid, 1960; 204 pp.

El origen y el valor expresivo del giro argentino "¡Es de lindo!" (o expresiones análogas, como "¡Es una cosa de notable!"), con un *de* ponderativo o de realce, dan tema al profesor Krüger para un valioso trabajo de sintaxis comparativa. La fuerza que provoca la transformación de la preposición *de* en partícula de realce (con valores diversos) es, para Krüger, el énfasis, fenómeno característico de las necesidades expresivas del lenguaje hablado, en el que se produce un movimiento constante de convencionalización y sustitución de lo gastado. Krüger hace ver este proceso tomando como punto de partida el *de* causal ("No cabía en sí *de* gozo", etc.), construcción que encierra a menudo un fuerte valor afectivo, y el *de* partitivo ("¡Había *de* libros!", etc.). Analiza también las construcciones adjetivas en las que la preposición *de* vale como genitivo de cualidad ("Es *de* una belleza extraordinaria", etc.) y el *de* exclamativo y de realce en catalán.

El *de* con valor causal procede a un sustantivo ("No cabía en sí *de* gozo"), a un adjetivo ("Lo hace *de* bueno") o a un infinitivo ("Estoy desesperado *de* ver"); o bien a un sustantivo o un adjetivo cuyo matiz causal es ampliado por una subordinada relativa ("No cabía en sí *del* gozo que tenía" y "Lo hace *de* bueno que es", respectivamente). Estas construcciones suelen intensificar su valor afectivo con partículas ponderativas (v. gr. demostrativas cuantitativas: "No cabía en sí *de* tanto gozo", etc.). Ya CUERVO, en su *Diccionario de construcción y régimen*, había observado —con cita de un ejemplo de Malón de Chaide: "La gente se caía *de* sedienta"— el énfasis de las construcciones con *de* causal: "Este giro es en ocasiones muy enfático, porque sugiere que una cualidad o estado causa cierto efecto por haber llegado a su extremo". El riguroso método de Krüger nos permite ver la transformación del sentido causal en ponderativo, por efecto de la enfatización que se observa sobre todo en el orden en que se colocan los elementos sintácticos. Veamos cómo. La construcción enfatizada con *de* tiende a resolverse en un término de comparación ("Es *de* linda como un sol") o en una consecutiva ("Es *de* mezquino que se moriría de hambre por no gastar"). Ahora bien, tanto el término de comparación como la consecutiva suelen preceder a la construcción con *de*, acentuando así su valor exclamativo ("Es como un sol *de* linda"; "Se moriría de hambre por no gastar, *de* mezquino que es"). A esto llama Krüger "anteposición enfática", la cual puede hacerse, evidentemente, cualquiera sea la palabra que dé el sentido causal.